

sé á Italia, en donde me puse en estado de recorrer las cortes y presentarme en ellas con decencia.

Mientras que, lejos de mi Elena, pensaba yo en engañar mi amor y tristezas lo mas que me era posible, esta señora en Coria lloraba secretamente mi ausencia. En lugar de aplaudir las persecuciones de su familia contra mí por la muerte de Higuera, deseaba al contrario cesasen por una pronta compostura, y acelerasen mi regreso. Ya habian pasado seis meses, y creo que su constancia habria vencido siempre al tiempo, si solo hubiera tenido que luchar con éste; pero tenia todavia enemigos mas poderosos. Don Blas de Cambados, hidalgo de la costa occidental de Galicia, pasó á Coria á recoger una rica herencia que le habia disputado en vano Don Miguel de Caprara, su primo, y se acercó allí por haberle parecido aquel pais mas agradable que el suyo. Cambados era bien plantado, parecia afable y atento, siendo al mismo tiempo muy persuasivo. Presto hizo conocimiento con todas las gentes decentes de la ciudad, y supo los asuntos de unos y de otros.

No estuvo mucho tiempo sin saber que Don Jorge tenia una hija, cuya peligrosa hermosura parecia no inflamar á los hombres sino para su desgracia, cosa que escitó su curiosidad. Quiso ver á una señora tan temible, y habiendo buscado á este efecto la amistad de su padre, consiguió ganarla tan bien, que el viejo, mirándole ya como á yerno, le dió entrada en su casa, con permiso de hablar en su presensia á Doña Elena. El gallego nada tardó en enamorarse de ella; esto era inevitable: se declaró con Don Jorge, quien le dijo que accedia á su pretension, pero que no queria precisar á su hija, y que así la dejaba dueña de la eleccion. En seguida se valió Don Blas de todos los medios que pudo discurrir para agradarla; pero estaba tan prendada de mí, que no le dió oídos. Felicia sin embargo se habia interesado por aquel caballero, habiéndola obligado éste con regalos á contribuir á su amor, y así empleaba en ello toda su habilidad. Por otra parte el padre ayudaba á la criada con reconvenciones; y con todo, en un año entero no hicieron mas que atormentar á Doña Elena, sin poder reducirla á olvidarme.

Viendo Cambados que Don Jorge y Felicia se empeñaban inútilmente por él, les propuso un arbitrio para vencer la obstinacion de una amante tan apasionada.—Ved aquí, les dijo, lo que he pensado: fingirémos que un mercader de Coria acaba de recibir carta de un comerciante italiano, en la que, despues de hablarle largamente de negocios de comercio, se leerán las palabras siguientes: “Poco tiempo hace que llegó á la corte de Parma un caballero español, llamado Don Gaston de Cogollos. Dice ser “sobrino y único heredero de una viuda rica de Coria, llamada Doña “Leonora de Lajarilla, y pretende casarse con la hija de un señor podero-



“so; pero no quieren aceptar su propuesta hasta haberse informado de la verdad, y tengo el encargo de preguntárselo á vd. Dígame, le suplico, si conoce á este Don Gaston, y en qué consisten los bienes de su tia. La respuesta de vd. decidirá este enlace. Parma, &c.

Esta trampa le pareció al viejo un juego y engaño perdonable en los enamorados: la criada, aun menos escrupulosa que el buen hombre, la aplaudió mucho. La ficcion les pareció tanto mejor, cuanto que conocian la altivez de Elena, la cual, como no llegara á sospechar el fraude, era una muger capaz de resolverse á abrazar el partido que le proponian. Don Jorge tomó á su cargo el anunciarle por sí mismo mi inconstancia, y para que pareciera la cosa mas natural, hacerle hablar al mercader que habia recibido de Parma la supuesta carta. Efectuaron el pensamiento como lo habian formado. El padre alterado, y aparentando enojo y despecho, le dijo:—Hija mia Elena, nada mas te diré, sino que nuestros parientes todos los dias claman sobre que jamas permita entre nuestra familia al homicida de Don Agustin, y hoy tengo otra razon mas poderosa para alejarte de Don Gaston. Avergüenzate de serle tan fiel. Es un voltario, un pérfido; y ve aquí una prueba cierta de su infidelidad: lee tú misma esa carta, que un mercader de Coria acaba de recibir de Italia. Asustada Elena tomó el fingido papel, lo leyó, meditó sobre todas sus espresiones, y se quedó absorta de la nueva de mi inconstancia. Un afecto de ternura le hizo despues verter algunas lágrimas; pero recobrando presto su orgullo, las enjugó, y dijo con entereza á su padre:—Señor, vd. que ha sido testigo de mi flaqueza, séalo tambien de la vitoria que voy á conseguir sobre mí. Ya se acabó; Don Gaston es ya despreciable á mis ojos; en él solo veo el hombre mas indigno de este mundo. No hablemos mas de él. Vamos, nada me detiene ya; dispuesta estoy á dar la mano á Don Blas. Ojalá que mi casamiento preceda al de aquel pérfido que tan mal ha pagado mi amor. Don Jorge, enagenado de alegria al oir estas palabras, abrazó á su hija, alabó la esforzada resolucion que tomaba, y aplaudiéndose del feliz écsito de la estratagema, se dió priesa á cumplir los deseos de mi rival. De este modo me quitaron á Doña Elena, la que se entregó precipitadamente á Cambados, sin querer escuchar al amor que le hablaba por mí en su corazon, ni aun dudar un instante de una noticia que debiera haber encontrado menos credulidad en una amante. Impelida de su orgullo solo dió oidos á su vanidad; y el resentimiento de la injuria que imaginaba habia yo hecho á su hermosura superó al interes de su amor. Sin embargo, pasados algunos dias despues de su casamiento, sintió algunos remordimientos de haberlo acelerado: se le previno entonces que la carta del mercader podia haber sido fingida, y esta sospecha la inquietó;

pero el enamorado Don Blas no daba lugar á que su muger alimentase ideas contrarias á su reposo, y no pensaba mas que en divertirla, lo que conseguia con repetidos placeres que tenia arte para inventar.

Ella parecia vivir muy gustosa con un esposo tan obsequioso, y reinaba entre ambos una perfecta union, cuando mi tia compuso mi asunto con los parientes de Don Agustin, de lo que recibí aviso en Italia inmediatamente. Estaba entonces en Regio, en la Calabria ulterior. Pasé á Sicilia, de allí á España, y llevado en alas del amor llegué en fin á Coria. Doña Leonor, que no me habia escrito el casamiento de la hija de Don Jorge, me lo notició á mi llegada, y viendo que me afligia, dijo: —Haces mal, sobrino mio, dé mostrarte tan sentido de la pérdida de una dama que no ha podido serte fiel. Creeme, destierra del corazon y de la memoria á una persona que ya no es digna de ocuparlos.

Como mi tia ignoraba que habian engañado á Doña Elena, tenia razon para hablarme así, y no podia darme un consejo mas discreto, por lo que me prometí seguirlo, ó á lo menos aparentar un aire indiferente, si no era capaz de vencer mi pasion. Sin embargo, no pude resistir al deseo de saber de qué modo se habia concertado este casamiento, y para enterarme resolví ver á la amiga de Felicia, es decir á la Señora Teodora, de quien ya os he hablado. Fui á su casa en donde casualmente encontré á Felicia, la cual, estando muy agena de verme, se turbó y quiso retirarse por evitar la averiguacion que juzgó querria yo hacer. La detuve, y le dije: —¿Por qué huis de mí? ¿No está contenta la perjura Elena con haberme sacrificado? ¿Os ha prohibido escuchar mis quejas? ¿Ó tratais solamente de evitar mi presencia por haceros un mérito con la ingrata de haberos negado á oirlas?

—Señor, me respondió la criada, confieso ingenuamente que vuestra presencia me confunde; no puedo veros sin sentirme despedazada de mil remordimientos. A mi ama la han seducido; y yo he tenido la desgracia de ser cómplice en la seduccion. A vista de esto, ¿puedo yo sin vergüenza presentarme á vd.?—Oh cielos! repliqué yo con sorpresa, ¿qué me dices? Esplicáte con mas claridad. Entonces la criada me contó punto por punto la estratagema de que se habia valido Cambados para robarme á Doña Elena; y advirtiéndome que su narracion me atravesaba el alma, se esforzó á consolarme: me ofreció sus buenos oficios para con su ama: me prometió desengañarla y pintarle mi desesperacion; en una palabra, no omitir nada para suavizar el rigor de mi suerte: en fin me dió esperanzas que mitigaron algun tanto mis penas.

Dejando á un lado las infinitas contradicciones que tuvo que sufrir de parte de Doña Elena para que consintiera en verme, al fin pudo conseguirlo, y resolvieron entre ellas que me introducirían secretamente en

casa de Don Blas la primera vez que éste saliese para una hacienda á donde iba de tiempo en tiempo á cazar, y en la que se detenia por lo comun un dia ó dos. Este designio no tardó en ejecutarse: el marido se ausentó, de lo que advertido yo fui introducido en el cuarto de su muger.

Quise principiar la conversacion con reconvençiones; pero ella me hizo callar diciendome:—Es inútil traer á la memoria lo pasado; aquí no se trata de enternecernos uno y otro, y os engañais si me creis dispuesta á halagar vuestro afecto. Yo os declaro que no he dado mi consentimiento para esta secreta entrevista, ni he cedido á las instancias que se me han hecho, sino para deciros de viva voz que en adelante no debéis pensar mas que en olvidarme. Quizá viviria yo mas satisfecha de mi suerte, si ésta se hubiese unido á la vuestra; pero ya que el cielo lo ha dispuesto de otra manera, quiero obedecer sus decretos.

—Pues qué, señora, le respondí, ¿no basta el haberos perdido? ¿No basta ver al dichoso Don Blas poseer pacíficamente la única persona que soy capaz de amar, sino que tambien debo desterraros de mi pensamiento? ¿Quereis privarme de mi amor, y quitarme el único bien que me queda! ¡Ah, cruel! ¿Pensais que sea posible que un hombre á quien robasteis el corazon vuelva á recobrarle? Conoceos mas bien que os conoceis, y dejaos de echortarme en vano á que os borre de mi memoria. —Está bien, replicó ella con precipitacion, pues cesad vos tambien de esperar que yo corresponda á vuestra pasion con algun agradecimiento. Solo una palabra tengo que deciros: la esposa de Don Blas no será la amante de Don Gaston; caminad sobre este supuesto. Retiraos, añadió, y acabemos prontamente una conversacion de que me reprendo á mí misma, á pesar de la pureza de mis intenciones, y que miraria como un crimen si la prolongase.

Al oir estas palabras, que me privaban de toda esperanza, me arrojé á los piés de Doña Elena: habléle con la mayor ternura, y emplee hasta las lágrimas para enternecerla; pero todo esto no sirvió mas que de escitar acaso algunos afectos de lástima, que tuvo buen cuidado de ocultar, y que sacrificó á su deber. Despues de haber apurado infructuosamente las espresiones mas amorosas, los ruegos y las lágrimas, mi cariño se convirtió de repente en furor, y saqué la espada con intento de atravesarme con ella á presencia de la inescorable Elena, que apenas advirtió mi accion, cuando se arrojó á mí para precaver sus consecuencias.— Deteneos, Cogollos, me dijo: ¿es este el modo que teneis de mirar por mi reputacion? Quitándoos así la vida, vais á deshonorarme, y hacer pasar á mi marido por un asesino.

En la desesperacion de que estaba dominado, muy lejos de atender á estas palabras como debia, no pensaba mas que en burlar los esfuerzos

que hacian el ama y la criada para salvarme de mi funesta mano: sin duda hubiera conseguido demasiado pronto mi intento, si Don Blas, que estaba avisado de nuestra entrevista, y que en lugar de ir á su hacienda se habia escondido detras de un tapiz para oir nuestra conversacion, no hubiera acudido corriendo á unirse á ellas.—Señor Don Gaston, exclamó deteniéndome el brazo, recóbrese vd. y no se rinda cobardemente al furioso enagenamiento que le agita.

Yo interrumpí á Cambados diciéndole:—¿Es vd. quien me impide ejecutar mi resolucion cuando debiera atravesar mi pecho con un puñal? Mi amor, aunque desgraciado, os ofende. ¿No basta que me sorprendais de noche en el cuarto de vuestra esposa? ¿Se necesita mas para escitar vuestra venganza? Traspasadme, para libraros de un hombre que no puede dejar de adorar á Doña Elena sino cesando de vivir.—En vano, me respondió Don Blas, procura vd. interesar mi honor para que le dé la muerte. Bastante castigado queda vd. de su temeridad; y yo agradezco tanto á mi esposa sus sentimientos virtuosos, que le perdono la ocasion en que los ha manifestado. Creedme, Cogollos, añadió, no os desespereis como un débil amante; someteos con valor á la necesidad.

El prudente gallego con estas y otras semejantes espresiones calmó poco á poco mi arrebato, y despertó mi virtud. Me retiré con ánimo de alejarme de Elena y de los lugares que habitaba, y dos dias despues me volví á Madrid, en donde no queriendo ya ocuparme sino en el cuidado de mi fortuna, comencé á presentarme en la corte, y á ganar en ella amigos; pero he tenido la desgracia de contraer una estrecha amistad con el marques de Villareal, gran señor portugues, el cual, por haberse sospechado de él que pensaba en libertar á Portugal del dominio de los españoles, está hoy en el castillo de Alicante. Como el duque de Lerma ha sabido que yo era íntimo amigo de este señor, me ha hecho tambien prender y conducir aquí. Este ministro cree que puedo ser cómplice en el tal proyecto, ultrage que es mas sensible para un hombre noble y castellano.

Aquí cesó de hablar Don Gaston, y yo le consolé diciendo:—Caballero, el honor de vd. no puede recibir lesion alguna en esta desgracia, la cual en adelante sin duda será á vd. de provecho. Cuando el duque de Lerma se entere de su inocencia, no dejará de darle un empleo importante para restablecer la buena opinion de un caballero acusado injustamente de traicion.

